



*La prehistoria de la ciencia ficción. Del tercer milenio antes de Cristo a Julio Verne*, de Pollux Hernández.

Reconozco que este es uno de esos libros que compras porque —en principio— el título te llama la atención. No

obstante, conforme te zambulles en sus páginas comienzas a sentir fascinación por lo que estás leyendo; un mundo que, admito, desde pequeña me ha fascinado, especialmente cuando devoraba las novelas escritas por Julio Verne.

Este librito es fruto de la participación de su autor en un curso sobre «Literatura fantástica y otras expresiones de lo imposible», celebrado en Santander, en la sede de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo en el año 2001, además de por su pasión por los «seres fantásticos» y, en definitiva, por «La ciencia ficción». A través de sus 100 páginas, el autor hace un rápido recorrido por *los casi 5.000 años de la literatura universal*, donde, como él mismo señala, quizás *no hayamos encontrado mucha ciencia, pero sí mucha ficción*.

Empieza citando cuatro textos que, cuanto menos, te hacen pensar que *podían haber sido escritos por cualquier especialista contemporáneo de la ciencia ficción*. El primero tiene más de 3.700 años, pertenece al *Poema de Gilgamesh* y en él, el héroe sumerio está construyendo una nave perfecta en forma de cubo para hacerle frente al diluvio universal. El segundo procede

del *Libro de los Muertos*, escrito en Egipto hace unos 3.400 años, y nos muestra cómo Osiris se metamorfosea en un áureo halcón volador. El tercero de los textos se lo debemos a Homero y aparece citado en su *Ilíada*, escrita hace más de 2.800 años, donde aparece Hefesto fabricando trípodes automóbiles asistido por robots de oro con forma de jóvenes doncellas. Por último Platón en su *República*, hace unos 2.400 años, nos habla de Giges, un pastor que gracias a los poderes de su anillo puede hacerse invisible. Estos son solo cuatro ejemplos, pero la lista se haría interminable por poco que uno se sumerja e indague en la literatura antigua, donde seguirían apareciendo textos semejantes. Por todo ello es por lo que Pollux Hernández comienza preguntándose qué es la ciencia ficción y si ésta ya existía antes de que se acuñara el término en 1916, pese a que la palabra *science fiction* ya se utilizaba en inglés desde 1851.

Efectivamente, desde la Antigüedad y en la Cultura Europea Medieval, son muy variados los paradigmas de *lo fantástico*. Especialmente el mundo griego se concreta en dos grandes tradiciones: el *Physiologus*, de la que derivará la tradición zoológico-simbólica de los bestiarios medievales y otra corriente de carácter enciclopedista que se alimenta de la literatura de viajes, y de las descripciones geográficas y etnográficas de los escritores clásicos. En esta segunda tradición es donde se inscribe el tema de los pueblos y razas sofisticados y extraordinarias que, a pesar de su monstruosa apariencia y salvajes costumbres, fueron considerados de naturaleza humana y, por serlo, despertaron especial interés e inquietud. Uno de los pueblos más famosos fue el de los Scía-



podas, monocolos o unípodos, que, como todas las razas extraordinarias, vivían en los confines del mundo. Los griegos los llamaron *sciápoda*, que significaba «a la sombra del pie», pues al parecer reposaban a la sombra de sus pies cuando hacía mucho calor. El primero en hablar de ellos fue Skylax de Karyanda en el siglo VI a.C. y los ubicó en la India, mientras que Ecateo de Mileto los situó en el extremo meridional de Egipto. No obstante, no todos los escritores antiguos creyeron en su existencia, pues hubo una corriente ilustrada, a la que pertenecían Estrabón y Aulo Gelio, que lo rechaza de plano, afirmando que eran fruto de la fantasía; sin embargo, su existencia fue admitida por otros autores clásicos, como Plinio *el viejo* o Solino, que recopilaron las leyendas y las transmitieron al mundo medieval. Plinio los citó en el Libro 7º, capítulo II de su *Historia Natural* y los llamó *monocolos*. Los *monocolos* se hicieron tan populares que los cita tanto San Agustín como San Isidoro. De la mano de San Agustín se les consideró criaturas de Dios, pues afirmó que *o lo que se ha escrito en torno a estos pueblos es falso o, si es cierto, no se trata de hombres o, si se trata de hombres, proceden de Adán*. San Isidoro, por su parte, los incluyó en el Libro XI de sus *Etimologías* situando su existencia en Etiopía, señalando que *resulta que alguno tenía un solo ojo; otros tenían los pies al revés; otros eran de dos sexos y tenían el pecho derecho de hombre y el izquierdo de mujer y si se acoplaban podían concebir y engendrar alternativamente; otros no tenían boca y respiraban tan solo a través de la nariz; otros no medían más de un metro y por eso los griegos los llamaban pigmeos; en cierto lugar las mujeres podían concebir a la edad de cinco años y no vivían más de ocho. Cuentan también que existía un pueblo de hombres que tenían una sola pierna y no flexionaban la rodilla, aunque eran velocísimos: se llaman esciápodos, porque en verano, cuando se tumban en el suelo, se protegen con la sombra de su propio pie* (San Agustín (s. IV-V), La ciudad de Dios, XVI, 8).

El porqué de nuestro interés por estos seres pueda deberse a que las Islas Canarias, por su localización geográfica, también estaban en los confines del mundo conocido, de modo que entre sus «supuestos» habitantes también aparecen algunos de estos seres extraordinarios, entre ellos los *unípodos*.

La ciencia ficción no es literatura científica, sino literatura fantástica, de modo que todos los relatos a los que se refiere la Antigüedad, admitidos especialmente a partir de la Edad Media *fantástica* y la Era Moderna, entrarían de lleno en esta categoría. Así, la imaginación europea en el medievo *se vuelve hacia el espíritu y la aventura*. Y de nuevo las Islas Canarias aparecen en el viaje del monje Brendan (1130), que encalla en la misteriosa isla que aparece y desaparece como por arte de magia y que en Canarias se la conoce como la isla de San Borondón, de cuya «*existencia*» muchos marineros han hablado, considerada la más famosa isla-ballena de todas las conocidas. Este personaje, que vivió entre los años 484 y 576, fue un abad irlandés del monasterio de Clonfert que un buen día se hizo a la mar con diecisiete de sus monjes buscando tierras en las que evangelizar. El suyo fue un viaje maravilloso que duró siete años y que lo condujo de isla en isla, viviendo en ellas prodigiosas aventuras. De entre todas destacó la misa de Pascua que celebró sobre el lomo de una enorme ballena que dormitaba en el Océano, próxima a las Islas Afortunadas, las Canarias. Sobre el dorso de aquel monstruo había crecido la vegetación, por lo que la confundieron con una isla. Una vez terminó la santa misa, la ballena se sumergió de nuevo no sin que antes el santo y sus monjes tuvieran tiempo de ponerse a salvo y continuar su viaje. La leyenda de la mítica isla de San Borondón permanece —aún en nuestros días— viva en el imaginario isleño.

En las páginas siguientes, Hernández continúa enumerando fantásticos viajes llenos de aventuras, hazañas y epopeyas que desembocan en la novela de caballería. De Persia llegan *Las mil y una noches*, y en los *Nibelungos* una espada, la Excalibur del rey Arturo, es la protagonista; hadas y brujas surcan Europa..., aunque a partir del Renacimiento la fantasía dejará paso al progreso científico y técnico, tratando de explicar aquello para lo que no existe una explicación racional.

El invento del anteojo por Galileo (Pisa 1564-Florenca 1642) y del telescopio por Newton (Woolsthorpe, Lincolnshire 1642-Kensington, Londres 1727) propician la literatura de viajes a la Luna y a otros astros. En 1620 aparece

lo que según Asimov es la primera obra de ciencia ficción: *Somnium*, donde Kepler manda a la Luna a Duracotus, texto que se anticipa a las reglas sobre la ley de la gravedad que establecerá más tarde Newton. Curiosa es la reflexión de Kircher (1656), quien en su *Itinerarium exstaticum* sube al espacio de Ptolomeo y llega no sólo a la Luna, sino también a Marte, a Mercurio y a otros planetas guiado por Cosmiel, aunque aclara que, en aras de ser *respetuoso con las Santa Escrituras y del Decreto de la Santa Inquisición, considero a la Tierra inmóvil, pero hago como si diera vueltas.*

Cyrano de Bergerac, en sus viajes a la Luna (1657) y al Sol (1662), también describe máquinas que atraviesan el espacio, ciudades trasladables o casas que desaparecen bajo tierra. Llegados a este punto, la tradición cristiana también nos dice cómo la casa de la Virgen fue transportada por los ángeles desde Nazaret a Loreto. Al respecto hay dos tradiciones. Una de ellas habla que fueron los ángeles quienes transportaron la casa por los aires; otros responsabilizan del traslado al comerciante Nicéforo Angelo en el siglo XIII. Según esta tradición, en 1291, cuando los cruzados perdían el control sobre Tierra Santa, Dios decidió enviar a sus ángeles para proteger la casa, mandándoles que la *elevaran sobre los aires* y la llevaran a lugar seguro. Al parecer primero estuvo en Tersatto (Croacia), pero tres años más tarde, en 1294, la casa desapareció de Tersatto y fue llevada a Loreto. Al respecto unos pastores señalaron cómo la habían visto volando sobre el mar, sostenida por ángeles, a quienes dirigía uno con una capa roja (supuestamente el arcángel San Miguel), y la Virgen con el Niño estaban sentados sobre la casa. Y los ángeles la depositaron en un lugar llamado Bandeurola.

Cyrano también describe que los selenitas poseían unos pequeños dispositivos portátiles que los utilizaban en casa o en la calle para escuchar música y grabaciones de libros, pues nadie lee: ¡fascinante! Y todo eso se escribió en el siglo ¡XVII!

Llegados al siglo XVIII tenemos los relatos de Swift y sus *Viajes de Gulliver* (1726), donde como señala nuestro autor [...] *de haberse escrito hoy, se habría calificado sin ninguna vacilación de ciencia ficción, ya que los cuatro viajes del protagonista están llenos de detalles extraordinarios [...].*

Y por supuesto, si del espacio se trata, el primer destino siempre será la Luna. En 1728 el escritor irlandés Murtagh McDermot escribe su *Viaje a la Luna*, dejándonos una de las primeras descripciones de un cañón espacial. Su protagonista es llevado a la Luna desde un torbellino en el Teide y allí conoce a los selenitas. No obstante, si del futuro se trata, el autor considera que *Memorias del siglo XX* de Madden es la primera novela futurista. Escrita en 1733, narra las aventuras de un turista en la Europa de ¡1997!

No obstante, la autora que a juicio de Hernández establece la línea divisoria entre *protociencia ficción* y *ciencia ficción* es Mary Shelley, cuando en 1818 creó al doctor Frankenstein. El galeno, uniendo trozos de cadáveres, consiguió darle vida al cuerpo creado aunque sin alma, sometiéndolo a la descarga de un rayo durante una pavorosa tormenta. Actualmente en la pantallas de cine se proyecta la película *Frankenweenie* (Tim Burton, 2012) y en esta ocasión —usando de los mismos métodos— es el perro del protagonista el que vuelve a la vida. Y en 1828, diez años después del nacimiento de Frankenstein, viene al mundo en Nantes Julio Verne, a quien se considera el fundador de la moderna ciencia ficción y del que la mayoría de sus novelas han sido llevadas a la gran pantalla.

En el mismo siglo, pero treinta y tres años más tarde, nacía en París el ilusionista y cineasta Georges Méliès (París 1861-1938), famoso por liderar muchos desarrollos técnicos y narrativos de los comienzos del cine. Innovó en el uso de los efectos especiales, y gracias a su habilidad para manipular y transformar la realidad a través de la cinematografía, se le recuerda como *un mago del cine*. Dos de sus películas más famosas, *Viaje a la Luna* (1902) y *El viaje imposible* (1904), narran fantásticos y surrealistas viajes inspirados en las novelas de Julio Verne, considerándose hoy en día entre las películas más importantes e influyentes del cine de ciencia ficción. Méliès ha vuelto a la vida en 2011 gracias a la película *La invención de Hugo* (Martín Scorsese, 2011), basada en el libro de Brian Selznick *La invención de Hugo Cabret*, que narra la historia de un niño que vive sólo en una estación de tren y del enigmático propietario de una juguetería. En sus ratos libres intenta reparar un autómatas estropeado que le



ha dejado su padre y que, supuestamente, puede escribir. Cuando lo consigue le falta una pieza clave para que éste funcione: una llave en forma de corazón que resulta tener Isabelle, la ahijada del juguetero, que en realidad resulta ser George Méliès. Cuando los niños utilizan la llave para activar al hombre de cuerda, éste reproduce un fotograma de la película *Viaje a la Luna*, el momento en el que el cohete lanzado desde la Tierra aluniza en uno de los ojos del satélite, pero además, descubren atónitos que el dibujo lleva la firma de Méliès. Una bellísima película que rinde homenaje a uno de los pioneros del cine fantástico. Y es que, como leemos en la contraportada del libro: *escapar de la realidad, triunfar sobre el misterio de la existencia, participar en el juego de cambiar el entorno; esto es la literatura, que con el barniz de verosimilitud aportado por la ciencia y la técnica se convierte en ciencia ficción.*

El libro no profundiza en el tema a tratar, puesto que como ya se ha señalado en un principio, solo se ha tratado de hacer un *maravilloso viaje* a través de la Historia de la Humanidad en 100 páginas, partiendo de la Antigüedad hasta el siglo XIX, analizando de forma somera aquellos textos más relevantes, pero es cierto que viene

muy bien como guía para todos aquellos amantes de este género.

A modo de conclusión, Pollux Hernández finaliza su *viaje fantástico* escribiendo que al igual que ocurre con cualquier otro género literario, la ciencia ficción *refleja las inquietudes, sueños y carencias de una sociedad. En un tiempo el hombre se dirigía a los dioses, demiurgos, ángeles, demonios, magos y brujos, y aunque aún sobreviven algunos brujos capaces de realizar verdaderos portentos dignos de la mejor ciencia ficción [...], ahora los humanos enderezan sus ansias a los científicos, que son los dioses, demiurgos, ángeles, demonios y brujos de hoy día. Huir del presente, a la Luna o adonde sea, conquistar el tiempo y el espacio, cambiar el mundo, trascender la materia que somos: gracias a la ciencia ficción podemos seguir soñando.*

De modo que, y así acaba su recorrido, *si puede hablarse o no de auténtica ciencia ficción antes de la ciencia ficción propiamente dicha, decídalo el lector por sí mismo.*

Clementina CALERO RUIZ  
Dpto. Hª. del Arte, ULL

Recibido: octubre 2012, aceptado: octubre 2012.